

Perfil biográfico y personal de D. Mariano Artigas

José Angel García Cuadrado

Decano de la Facultad Eclesiástica de Filosofía

Universidad de Navarra

Los despachos de los Decanos no suelen albergar obras de arte de especial valor. Pero me atrevería a afirmar que el Decanato de la Facultad Eclesiástica de Filosofía es en esto una modesta excepción. Allí, en efecto, puede admirarse el retrato del primer Decano de la Facultad, D. Mariano Artigas, obra del pintor granadino Armando Pareja.

El retrato es de muy bella factura, detallista y con gran fuerza expresiva. La figura de D. Mariano resalta sobre un fondo verde pálido con un matizado contraste de luz y sombra: se encuentra acomodado en un sillón que parece más elegante que cómodo, ataviado con la muceta de color azul celeste, por su condición de doctor en Filosofía. En su mano derecha sostiene el birrete académico en el que se advierte, junto al celeste, el azul oscuro que manifiesta su condición de doctor en Ciencias Físicas. Por debajo de las vestes académicas asoma el traje talar propio de su condición sacerdotal.

En esta breve enumeración parecen sintetizarse los tres aspectos más destacados de la vida de D. Mariano: el físico, el filósofo y el sacerdote; o con palabras muy queridas para él: hombre de ciencia, de razón y de fe.

Al oír esta descripción, sería posible quizá imaginar un rostro crispado y tenso, debido al difícil equilibrio de estos principios muchas veces presentados como antagónicos. Pero la realidad es muy distinta: el rostro del retratado —con esa sonrisa tan característica suya— transmite una imagen veraz de serenidad y armonía. Se podría afirmar que el retrato consigue expresar la honda convicción intelectual y vital de D. Mariano, de que la razón y la fe no se contraponen sino que proceden de una única fuente de Verdad.

Seguramente estas palabras del Fundador de la Universidad calarían muy hondo en el alma de D. Mariano: «Con periódica monotonía, algunos tratan de resucitar una supuesta incompatibilidad entre la fe y la ciencia, entre la inteligencia humana y la Revelación divina. Esa incompatibilidad sólo puede aparecer, y aparentemente, cuando no se entienden los términos reales del problema»¹. Y más adelante continuaba San Josemaría: «No podemos admitir el miedo a la ciencia, porque cualquier labor, si es ver-

1. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 10.

daderamente científica, tiende a la verdad. Y Cristo dijo: *Ego sum veritas*. Yo soy la verdad»².

La confrontación entre ciencia y religión proviene, por tanto, de un mal planteamiento del problema. De todos modos, conviene recordar que plantear bien un problema no significa haberlo resuelto ya. Para D. Mariano, la conciliación entre fe y razón se obtiene mediante el estudio y el trabajo. La fe no fue para él un expediente fácil para neutralizar conflictos intelectuales, ni le ahorró el esfuerzo de desentrañar la realidad. D. Mariano era un hombre de su tiempo, apasionado por los avances técnicos y científicos. Con naturalidad, iba incorporando las nuevas tecnologías en su trabajo y en la docencia. Se alegraba sinceramente de los progresos científicos, y confiaba también —aunque con su moderación característica— en los adelantos médicos cuando a lo largo de su vida tuvo que someterse a diversas intervenciones quirúrgicas especialmente dolorosas. Con los hombres de ciencia sabía compartir las esperanzas y los logros que las nuevas tecnologías habían traído consigo. No era la suya, por tanto, la mirada de recelo y sospecha hacia la ciencia que puede tentar en ocasiones al humanista.

D. Mariano, sin complejos ante la ciencia, no cedía tampoco a cómodas posiciones atrincheradas

2. *Ibidem*.

en el fideísmo. Por eso no buscaba acomodos simples entre la ciencia y la religión, porque estaba convencido de que un poco de ciencia puede alejar de Dios, pero un mucho de ciencia nos devuelve a Él.

Al tiempo que amaba la ciencia, sabía de sus límites y peligros cuando se olvida la dimensión humanística y trascendente. D. Mariano era consciente de que la ciencia experimental no puede dar cuenta de los aspectos más esenciales y nucleares de la persona humana: la espiritualidad y la apertura al Creador. Este es el trasfondo de uno de sus libros más apreciados por él: *El hombre a la luz de la ciencia*. A propósito de este libro, el Profesor Artigas solía recordar que, en un encuentro con el Gran Canciller de la Universidad —que era entonces Mons. Álvaro del Portillo—, éste se ofreció a prologarlo. Posteriormente añadió como epílogo al volumen un diálogo sobre «Ciencia y conciencia» con Mons. del Portillo, que, con gran sensibilidad también para las cuestiones científicas, seguía con vivo interés las publicaciones de D. Mariano y le estimulaba con frecuencia a continuar esa tarea de tanta trascendencia en el mundo actual.

Muchos de los que le conocieron coinciden en señalar que uno de los rasgos más característicos de su personalidad fue su laboriosidad, manifestada, por ejemplo, en la elaboración de sus tres tesis doctorales en circunstancias no fáciles para la investigación. En

efecto, en julio de 1963 defendió su tesis doctoral en la Facultad de Filosofía de la Universidad Lateranense de Roma. En octubre de 1968 –ya sacerdote empeñado en una amplia labor pastoral– obtiene el Grado de Doctor en Ciencias Físicas por la Universidad de Barcelona. Desde aquel año hasta 1972, imparte cursos ordinarios de Filosofía de la Naturaleza y cursos monográficos de Epistemología en esa misma Universidad. Más tarde, en junio de 1979, obtuvo también el Doctorado civil en Filosofía en la Universidad de Barcelona.

De su estancia romana, D. Mariano recordaba que tenía que sacar tiempo para leer y estudiar los exámenes en latín aprovechando los largos trayectos en los viejos tranvías romanos que le llevaban a la Universidad Lateranense. Este hábito lo mantuvo a lo largo de toda su vida. Para muchos de nosotros el recuerdo del profesor Artigas va asociado a las lecturas peripatéticas que solía realizar desde su casa hasta la Universidad. Con frecuencia nos tranquilizaba, asegurándonos que tomaba todas las precauciones pertinentes para no provocar ningún accidente, ni ser víctima de algún automovilista despistado. Lo que nos sorprendía no era tanto que pudiera leer mientras caminaba, sino que «se enteraba» de lo que leía. Alguna vez le oí comentar que entre otros libros, había leído –y puedo afirmar que con aprovechamiento– la *Suma contra gentiles* de Santo

Tomás. Los que conocimos a D. Mariano sabemos que no se trataba de esnobismo o excentricidad, sino de una manifestación de su pasión por exprimir el tiempo y trabajar con ilusión, sin ahorrar esfuerzo.

Sólo así se explica la extraordinaria capacidad de trabajo intenso que logró desarrollar a lo largo de su vida. En sus últimas semanas de vida, fue un ejemplo constante verle bajar a su despacho en la Facultad, incluso con un decaimiento físico notable. Ya gravemente enfermo terminó un libro encargado por la editorial EUNSA, que pudo corregir antes de ingresar definitivamente en la Clínica. Todavía, pocos días antes de su fallecimiento, en su habitación de la Clínica, pasó varias horas corrigiendo el artículo de un profesor de la Facultad. Ciertamente su amor al trabajo bien terminado constituye una de las mejores lecciones que nos ha dejado el profesor Artigas. No obstante, la pasión por el trabajo no la concebía como una autoafirmación personal, sino como un servicio gustoso y eficaz. Se podría decir que su ciencia no era estorbo para la fe, porque en definitiva una y otra son un servicio a la verdad, como afirma el Papa Juan Pablo II en su encíclica *Fides et ratio*³.

3. Cfr. Juan Pablo II, *Fides et ratio*, n. 50.

Muchos detalles podríamos citar de su afán de servicio. Uno de ellos es su labor divulgadora. D. Mariano poseía una gran facilidad para divulgar: tenía muy buena pluma; sabía presentar de manera muy atrayente y amena, sin perder seriedad académica, los temas de actualidad científica. Para él, el apartado de «artículos de divulgación» –son cientos los que escribió– dentro de un currículum académico no era un desdoro, sino más bien la constatación de que la competencia académica no equivale a la ininteligibilidad de una jerga accesible sólo a unos pocos. Por otro lado, su espíritu de servicio se hizo patente a lo largo de los años en los que desempeñó labores de gobierno en la Universidad de Navarra. Fue el primer Decano de la Facultad Eclesiástica de Filosofía, cargo que desempeñó a la largo de casi diez años. Posteriormente, durante cinco años fue Vicedecano de la misma Facultad. También prestó su colaboración de diversas formas a la Santa Sede, y recibió el nombramiento de Consultor del Consejo Pontificio para el Diálogo con los no creyentes, así como el de miembro ordinario de la Pontificia Academia de Santo Tomás. Gran parte de su labor investigadora fue respuesta a peticiones o encargos encomendados. En este sentido, resultó también ejemplar el empeño que puso, durante su último año de vida, en dejar terminados los guiones para los

audiovisuales sobre el origen del hombre encargados por la Universidad.

Pienso que ese servicio a la verdad era una de las manifestaciones de su vocación sacerdotal. En efecto, muchas de las condolencias recibidas a lo largo de estos meses coinciden en subrayar su profundo sentido sacerdotal.

Desde 1964 –año de su ordenación– y durante casi veinte años, fue capellán del Colegio Mayor Monterols en Barcelona. Son cientos los estudiantes universitarios –algunos aquí presentes– que tuvo la oportunidad de atender sacerdotalmente durante esos años. Ya en Pamplona, supo compatibilizar las tareas universitarias e investigadoras con una extensa labor. Buena muestra de ello son las muchas horas que en los últimos años pasó en un confesionario de la Clínica, atendiendo a gente de toda condición. La actividad sacerdotal no fue nunca un cometido más, sino que de algún modo impregnaba toda su actividad docente y de estudio.

Debo ir concluyendo. Son muchos los aspectos que me hubiera gustado destacar de la rica personalidad de D. Mariano. Pero antes de acabar me gustaría al menos detenerme brevemente en un rasgo menos aparente, pero no menos real de su vida: la magnanimidad.

En el retrato descrito al comienzo, D. Mariano sostiene en la mano izquierda uno de sus libros más

conocidos: *La mente del Universo*. Cuando comentábamos con él las excelencias del retrato no nos faltaba una alusión jocosa a la gran osadía de presentarse teniendo en sus manos nada menos que la mismísima mente del Universo. Él sonreía ante la broma, pero con el paso del tiempo me ha parecido que ese atrevimiento para las cosas grandes, sin hacer ruido, pero con tenacidad, constituía un rasgo característico de su personalidad.

Así se explica que, durante sus años de Barcelona, acometiera la empresa de hacer su tesis doctoral sobre uno de los autores más importantes de la filosofía del siglo XX: Karl Popper, y que mantuviera con él una correspondencia frecuente y algún encuentro ocasional. También trabó amistad con el Premio Nobel Sir John Eccles, que le prologó uno de sus libros. Durante sus últimos años, como fruto de su tenacidad y del merecido prestigio que había sabido ganarse con esfuerzo y trabajo, publicó en editoriales del máximo prestigio internacional, como Oxford University Press y The Johns Hopkins University Press. Pienso que pocos profesores de la Universidad española han tenido tanta proyección internacional como D. Mariano, que, sin embargo, acogía sus notables triunfos académicos y científicos con serena discreción, sin hacer ostentación de sus méritos.

La magnanimidad y la altura de miras son, sin duda, virtudes que es preciso cultivar constantemente en la vida universitaria. Ojalá no nos falten a quienes, de un modo u otro, nos encontramos con el apasionante desafío de continuar la labor iniciada por D. Mariano.